JOHN URQUART

# LAS RAZONES DE ROGER

*[Número dos]*

Traducción del inglés:
Santiago Escuain

El día era cálido pero no opresivo cuando tomamos nuestros asientos en el tren que se dirigía a Londres. Roger y yo habíamos acordado hacer nuestra excursión, tan largo tiempo deseada, a la gran metrópolis. Esperaba poder explorar algunos de sus tesoros guiado por Roger. Frente a nosotros se sentaban un caballero y una dama que, como pronto se hizo evidente, eran padre e hija. La reserva, tan común entre los viajeros de ferrocarril, había comenzado a deshacerse ya de entrada, ante la genial actividad con la que el extraño se sometió a un necesario arreglo del equipaje, y pronto quedó roto el hielo con unas observaciones acerca del maravilloso paisaje y del excelente tiempo que hacía.

Pronto supimos que nuestros compañeros de viaje eran americanos de visita en Gran Bretaña. Naturalmente, hubo preguntas acerca de algunas de las ciudades por las que pasábamos, a las cuales Roger respondió con su acostumbrada cortesía. La conversación, una vez iniciada, pronto pasó a otras cuestiones. Acerca de una de éstas, Roger hizo una observación que suscitó el interés especial de nuestro nuevo amigo. Pidió detalles que Roger, en aquel momento, no pudo darle, pero que, dijo, le conseguiría con gusto y se los enviaría. El americano le dio las gracias y le dio su tarjeta. Observé que Roger la miraba con aire sorprendido. Esto era natural, porque el apellido era idéntico al de un conocido predicador cuyas peculiares doctrinas habían atraído una atención generalizada. Y las últimas noticias eran que había perdido enteramente su primera fe.

A la pregunta de Roger nuestro compañero de viaje repuso que él era hermano de este célebre personaje.

—¿Puedo preguntarle —dijo Roger—, si sigue repudiando sus anteriores creencias?

—No creo que su posición haya cambiado últimamente en absoluto —contestó nuestro amigo, al que desde ahora llamaré Sr. Smith—; y puedo decir —prosiguió él—, que comparto sus actuales opiniones. Sencillamente, en estos tiempos de avances tan rápidos es imposible quedarnos donde estaban nuestros padres.

—No veo yo —respondió Roger—, que haya necesidad para tales cambios. Hay algunas creencias que unen a las edades, y las que se fundamentan en una revelación divina nunca podrán ser superadas.

—Ahí es donde diferimos —dijo el Sr. Smith, con algo de calor—. Yo no tengo fe alguna en el hecho ni en la posibilidad de una revelación divina. La ciencia ha hecho totalmente imposible creer en milagros. Un día, atravesando una calle de Nueva York, un amigo que me acompañaba, me apretó el brazo y exclamó: «¡Mira, un milagro!» Miré adonde él me señalaba, y vi a un judío. Reconozco que en aquel momento me sentí impresionado, pero al reflexionar, me di cuenta de que el caso de los judíos *no* es nada singular. Los gitanos también están esparcidos; siguen existiendo; están igual de separados de todas las naciones en medio de las que peregrinan; tienen sus propias costumbres y su lengua; de modo que el milagro del judío se desvaneció, como generalmente sucede con las supersticiones cuando se miran de frente a frente.

Mientras nuestro conocido hablaba, era divertido ver cómo la mirada batalladora de Roger se asomaba en sus rasgos.

—No puedo decir que estoy de acuerdo con usted acerca de que los casos del judío y del gitano puedan identificarse —dijo Roger—: hay un punto en que usted admitirá que difieren de manera tajante. La dispersión de los judíos entre las naciones, las crueles persecuciones a las que han estado

sometidos, su existencia continuada a pesar de las mismas, y su separación, todo ello *fue predicho de antemano.*

La mirada de sorpresa del Sr. Smith dejaba claro que el argumento había llegado al corazón.

—Estas predicciones —prosiguió Roger—, son desde luego *milagros.* Este hecho por sí, establecido por investigación científica, es bien suficiente para mostrar que, con todos nuestros avances, seguimos estando con lo milagroso.

—¡Qué! —exclamó la señorita Smith, después que la revista que leía había ido descendiendo gradualmente hasta sus rodillas—; ¡esto que dice es extraordinario! ¿Usted cree que la ciencia demuestra que hay verdaderos milagros?

—Desde luego —contestó Roger, con una sonrisa—; y me atrevo a creer que estará de acuerdo conmigo. Hay un milagro que se repite cada año en su país y en el mío, que la ciencia ha observado desde hace mucho tiempo, pero que ningún avance científico promete racionalizar. Me refiero a la formación del hielo. El doctor Whewell trató acerca de esto hace mucho tiempo en su Tratado de Bridgewater, y es maravilloso que se haya dicho tan poco de ello. Una de las leyes más conocidas de la naturaleza es que los metales y otros cuerpos se expanden por el calor y se contraen por el frío. Esta ley, naturalmente, también afecta al agua. Cuando la temperatura desciende, el agua de la superficie se va contrayendo, y al volverse de esta manera más densa que el agua de abajo, se hunde. Ahora bien, si esta ley no se interrumpiese y afectase al agua como afecta a todos los otros materiales, el resultado sería catastrófico. El agua, al congelarse, descendería al fondo; y al proseguir el frío su obra mortífera, se iría acumulando una sólida masa de hielo desde el fondo hacia arriba de arroyos y ríos, de estanques y lagos, y de los mares árticos y antárticos. Todo lo que está en ellos perecería. La faz de la naturaleza cambiaría, y quedaría detenido el ministerio de las aguas. Porque los siguientes veranos, por cálidos que fuesen, fundirían unos centímetros de la superficie de estos bloques de hielo, pero nunca podrían volver a restaurarnos las aguas que habían sido.

»Observemos ahora cómo se ha evitado todo esto. En el caso del agua *hay una repentina detención e inversión de esta ley natural.* Al aproximarse la temperatura al punto de congelación, el agua, que hasta ahora había estado contrayéndose y haciéndose más pesada, se expande y se hace más ligera. Por ello, en lugar de descender, flota sobre la superficie del agua; y al congelarse se expande aun más, y extiende su vítreo escudo sobre las aguas de debajo, con lo que preserva su fluidez y toda la vida animal y vegetal que contienen. Por intenso que sea el frío, no hace más que engrosar y fortalecer aquel escudo protector. Esta inversión de una ley natural es un milagro: su propósito evidente es preservar la vida; proclama la beneficencia del Creador.

La señorita Smith, que había estado siguiendo con el mayor interés la pequeña disertación de Roger, dirigió una mirada inquisitiva a su padre.

—Esto es desde luego chocante —dijo el padre—, pero usted está equivocado si cree que es sólo el agua la que está afectada de esta manera. Es bien sabido que la fundición gris presenta esta misma propiedad.

—Perdóneme que le diga —contestó Roger— que esta afirmación acerca de la fundición gris está en total error. Sé de un caso en que fue hecha por un cierto profesor, pero fue rápidamente rectificado por algunos miembros de su profesión que tenían experiencia práctica en fundición, y el profesor se retractó públicamente. Él había hecho esta afirmación, como usted ahora, dependiendo de una supuesta autoridad. La fundición gris obedece a la ley general y se contrae al enfriarse.

—Usted me sorprende, y examinaré este asunto —dijo el Sr. Smith—. ¿Pero es usted sabedor de que el difunto Profesor Tundall negó que el agua fuese la única excepción a esta ley?

—Desde luego —respondió Roger—; él se extiende mucho acerca del descubrimiento de que uno o dos elementos raros presentan esta misma propiedad. Me parece que su júbilo se debe a la

impresión que el milagro del hielo le había producido. Pero con esto sólo ha enfatizado lo maravilloso del hecho. Con todo su conocimiento de la naturaleza, y después de haber dedicado una energía infatigable a investigar y a revolverlo todo, Tyndall tiene que confesar que entre todas aquellas cosas con las que estamos en contacto diario, el agua y sólo el agua está exceptuada de esta gran ley natural; y que precisamente cuando la vida queda amenazada de extinción por la acción de esta ley, es entonces que la ley es de repente invertida. Este cambio es un milagro, y para mí habla elocuentemente de Aquel cuya «misericordia está sobre todas Sus obras».

El milagro del hielo fue una revelación para mí. Me mostró cómo la convicción puede surgir de la procedencia más inesperada. Estaba claro que nuestros amigos americanos estaban también impresionados. La señorita Smith estaba pensativa, y había aumentado la incomodidad de su padre. Yo esperaba que la conversación se detuviese, o que pasara a un tema menos espinoso, pero la señorita Smith estaba demasiado profundamente interesada para dejar la cuestión así.

—Supongo que ahí ha ganado —dijo ella—. Esto demuestra lo mucho que hay en las cosas comunes si sólo nos paramos a pensar. Pero usted no tiene nada así que mostrar acerca de sus creencias.

—Perdone —replicó Roger—, pero tenemos milagros para mostrar que son igual de claros y convincentes.

—¡Milagros! —repitió con asombro—; ¡pero esto es mejor que Bowie!

—No tengo deseo alguno de rivalizar con el predicador de Chicago —protestó Roger—, pero es fácil demostrar que hay milagros que dejan más allá de toda duda que el cristianismo viene de Dios.

—Si realmente puede demostrar *esto* —interpuso el Sr. Smith—, ministrará el mayor de los alivios a una vasta multitud de gente que va aumentando más y más.

La divertida e incrédula sonrisa de la señorita Smith era un elocuente comentario a las palabras de su padre. Había en la actitud tanto del padre como de la hija que sabía yo que la devoción de Roger a la vieja fe no dejaría sin respuesta.

—Si le puedo mostrar —dijo él— que toda una serie de acontecimientos, que en sí mismos están entre las cosas más improbables de suceder, fueron plena y claramente predichos, usted reconocerá que esta penetración en el futuro muestra una evidente actividad divina.

—¡Ah! —replicó el Sr. Smith—, el argumento basado en las profecías está tan muerto como el Dodó. Desde luego, admito que solían ser despachadas con excesivo desdén, como escritas después de los acontecimientos. Mucho en ellas se debe a una costumbre retórica del Antiguo Oriente; y mucho en ellas era también el lenguaje del deseo en pos de mejores condiciones. Pongamos una mente ingeniosa a trabajar en cosas de este tipo, ¿y qué más quiere uno para una importante rama de Evidencias Cristianas?

—Sr. Smith —dijo Roger—, ¡usted está realmente apoyando mi argumento! Usted mantiene que en realidad las profecías no son en realidad predicciones en absoluto. Si la vieja explicación debe ser abandonada, se tiene que encontrar otra, como la que usted acaba de proponer. Ahora, le pido que por favor se pregunte a usted mismo lo que esto significa. ¿No significa acaso que usted está convencido de que una predicción genuina sería un milagro? En realidad, no hay posibilidad alguna de resistirse a esta conclusión. Todo el mundo es consciente de cuán totalmente más allá de la capacidad humana está el leer el futuro. Ninguno de nosotros puede delinear la historia de mañana; y cada uno de los demás hombres es tan incapaz de ello como nosotros. Entonces, si podemos mostrar que los mayores acontecimientos de la historia fueron previstos, y que fueron descritos con claridad y de manera minuciosa siglos antes que sucediesen, es imposible negar que aquí está el dedo de Dios. En otras palabras, somos testigos de un verdadero milagro divino.

—Supongo —dijo la señorita Smith— que podremos emitir un juicio sobre sus predicciones cuando sepamos cuáles son.

—¡Gracias! —repuso Roger—. Vayamos pues directamente al centro de la cuestión, y consideremos algunas de las predicciones del Antiguo Testamento acerca del Mesías. Aquí no tenemos duda alguna acerca de que las palabras fueron escritas antes que sucedieran los acontecimientos. Nuestro viejo amigo, el judío, que rechazó y sigue repudiando a Jesús como el Cristo, es el mejor testigo de este importante hecho. Nuestro Antiguo Testamento es una fiel y maravillosamente correcta traducción de la Biblia judía, que el judío poseía siglos antes que naciese nuestro Señor; y no hay probabilidad alguna de que el judío fuese a cambiar nada en ella para ajustarla a una fe que él aborrece.

»Contemplemos la primera predicción que contiene acerca del Mesías (Génesis 3:15). En esta escena en el Edén, se presenta a Dios como diciendo a la serpiente: "Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar."

—Usted me asombra —interrumpió el Sr. Smith con un gesto de impaciencia—: ¿Quién se cree actualmente su serpiente habladora, su espada flamígera y todo lo demás? Si vamos a tener una perorata acerca del Antiguo Testamento, que al menos sea algo razonable.

—Hay suficiente respuesta para todo esto —dijo Roger—, pero tratemos una cosa cada vez. Lo que yo quiero que observe es el hecho amplio de que estas palabras, sin importar por el momento en relación con qué puedan aparecer, fueron puestas en la página de la Escritura *eras antes que apareciese Cristo*. La serpiente es aquí asociada con la entrada del mal en la vida humana. De ella proceden las sugerencias que tientan a Eva a la insatisfacción con las disposiciones divinas, y luego a una clara desobediencia al mandamiento divino. Así quebrantó el vínculo de una perfecta confianza y de una obediencia infantil que ligaba al hombre con Dios. Arruinó la vida del hombre y fue causa de su exilio, echado de la presencia de Dios. Éste es el marco; y aquí viene la promesa, cuando el gran mal será vengado y será reparada la pérdida del hombre; el venidero Vengador y Redentor iba a ser del linaje de la mujer. Entraría en conflicto con el tentador. El resultado sería, primero, la herida de este venidero antagonista: «tú le herirás en el calcañar.» Pero la lucha, al final, sería fatal para el tentador: «[Él, la Simiente] te herirá en la cabeza.» Que ésta ha sido y es la misión de Jesucristo es cosa demasiado evidente para que pueda ser negada. Él vino para este propósito, de manera manifiesta: para quitar el pecado y destruir el poder de Satanás. Esto le distingue a Él de todo otro hombre que jamás haya vivido. ¿No es maravilloso que esta primera predicción del Libertador fuese directamente al corazón de la cuestión, describiéndole con este gran y distintivo atributo?

Al hacer esta pregunta, Roger desvió la mirada del Sr. a la señorita Smith, que estaba sentada frente a su padre.

—Tal como lo ha formulado usted —dijo ella—, es ciertamente extraordinario. Nunca lo había visto bajo este aspecto antes, pero parece innegable, ¿no?

El Sr. Smith, a quien ella había dirigido estas palabras, guardó silencio, y Roger prosiguió.

—Perdone que pida su atención también a las palabras que se refieren a Él como la simiente de *la mujer*. Es destacable que esta primera descripción del Mesías dejase lugar para Su nacimiento virginal, e incluso que lo sugiriese. Pero tomemos una o dos más de estas predicciones, que nos dicen lo que iba a ser el Cristo. Acabamos de ver que él iba a ser un miembro de la familia humana; ésta, sin embargo, como predicción es cosa muy amplia. Pero se fue añadiendo profecía tras profecía, estrechando el círculo en el que Cristo iba a aparecer. Una promesa hecha por medio de Noé asigna aparentemente al Cristo como descendiente de Sem. Las palabras a las que me refiero son: «Bendito sea Jehová, el Dios de Sem … Dará Dios ensanche a Jafet, y habitará en las tiendas de Sem» (Génesis 9:26, 27, V.M.). Me gustaría que observasen dos cosas aquí. En esta frase: «Jehová, el Dios

(*Jehovah-Elohim*) de Sem», *Elohim* es el nombre aplicado a la Deidad como el hacedor y sustentador del universo; y *Jehová*, como sabemos, está estrechamente asociado con la relación de Dios con Israel. Por consiguiente, «Jehová, el Dios de Sem» indica que la plena revelación de Dios, especialmente la revelación mesiánica, será la porción de Sem. Esto es una cosa; la otra es la promesa de Jafet. Dios le ensanchará. Persia, Grecia y Roma, todos ellos representantes de la raza jafetita y sucesivos poseedores de la soberanía mundial, muestran cómo se cumplió la promesa en los tiempos antiguos. La inmensa extensión de la raza, tanto en número como en influencia, tal como se ve en las naciones europeas, en América del Norte y del Sur, en las colonias británicas y europeas, demuestra cómo se ha cumplido la promesa. Jafet iba a ocupar la morada de Sem, y durante casi diecinueve siglos los jafetitas han gozado de la revelación cristiana y la han transmitida —una religión dada en primera instancia a los judíos, pero rechazada por aquel pueblo, ha sido preservada por los gentiles jafetitas. Jafet habita en las tiendas de Sem.

—¡Perdone! —interrumpió el Sr. Smith—, pero yo he estado hasta ahora bajo la impresión de que los judíos han seguido poseyendo su propia religión. ¿O acaso no tienen sus sinagogas en todo lugar? Sem, me imagino, sigue manteniendo sus tabernáculos, y Jafet, si entra alguna vez, tiene pocos deseos de permanecer en ellos.

—El judío sigue teniendo sus sinagogas —dijo Roger—, y, por ahora, Sem prosigue poseyendo sus tabernáculos; y ahí Jafet le deja severamente a solas. Pero difícilmente podríamos decir que el judío sigue teniendo su vieja religión. ¿Acaso el antiguo judaísmo estaba sin sacrificio? Sin derramamiento de sangre no había remisión ni del pecado nacional ni del individual. Otras partes igualmente esenciales de aquella religión eran el sacerdocio aarónico y el ritual del Templo. Ahora, durante más de diecinueve siglos, el judío ha estado sin Templo ni ritual de templo, sin sacerdocio aarónico ni sacrificios. Nunca han presentado, durante todos estos siglos, una sola ofrenda ajustada a la Ley, ni siquiera en el Día de la Expiación; porque no han tenido un Altar donde ofrecer el sacrificio, ni sacerdote para presentarlo. Todo esto fue barrido cuando Jerusalén fue destruida en el año 70 d.C. —cuarenta años después de la Crucifixión. Desde aquel entonces el judaísmo ha estado muerto y seco. En cambio, la luz y el poder de la verdad cristiana han sido la porción de la iglesia. Jafet ha habitado y está ahora habitando en las tiendas de Sem.

Roger nunca es más grande que cuando es espoleado por una objeción, y sus palabras nos afectaron a todos. El mismo Sr. Smith estaba evidentemente impresionado.

—Pero el círculo del que iba a proceder el Mesías —prosiguió Roger—, fue aún más estrechado. En el siguiente gran paso, Abraham es elegido de entre los semitas, y se le da esta promesa: «En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra» (Génesis 22:18) —una promesa de lo más notable para encontrarse en un libro judío, y para ser preservado como su más querida esperanza por la más exclusivista de todas las nacionalidades. *Esta simiente de Abraham ha de ser la esperanza de la humanidad.* Y observemos lo que ha de traer. Todas las naciones serán «benditas» en Él. ¿Qué bendición? Se trata del perdón de los pecados y del goce del favor de Dios. Cubre más, desde luego, pero estas dos cosas están delante. Por tanto, la humanidad ha de ser dotada con estas grandes bendiciones por parte de Aquel que brotará de Abraham. Pero esto seguía siendo muy amplio. Los árabes ismaelitas descienden también de Abraham. Y se hace otra selección. Ismael es echado a un lado, e Isaac escogido. De Isaac descienden a su vez dos naciones: los edomitas y los israelitas. En consecuencia tiene lugar otra selección: Esaú es rechazado y Jacob escogido. Se hace este pacto con él: «Y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente» (Génesis 28:14). Con el paso del tiempo se fueron trazando líneas más estrechas. De las doce tribus de Israel se toma una: Judá, y de aquella tribu una familia especial: la de David. Observemos la clara y repetida predicción de que EL MESÍAS HA DE SER UN JUDÍO. Habrá de surgir de una de las más pequeñas de las naciones,

una de las que el mundo menos esperaría. ¿Pero qué promesa hay que haya sido cumplida de una manera más grande? ¿No es innegable y cierto que en este judío han sido benditos hombres de todas las naciones?

—¿Pero —dijo el Sr. Smith—, ¿qué hay de Buda, de Confucio, de Mahoma y de otros fundadores de religiones? Cristo no es el único Salvador o dador de supuestas bendiciones a los hombres.

—¿Qué persona razonable podría comparar a estos con Jesucristo? ¿O sus enseñanzas con las del cristianismo? —contestó Roger—. El cristianismo suple la necesidad humana, lo que no hace nadie más. Pero no le pido que compare las de que usted ha nombrado con el cristianismo; le invito ahora a fijar su atención al hecho de que Jesucristo es el único Salvador *cuya venida había sido anunciada de antemano.* Ahí tiene usted las Evidencias Cristianas en su esencia. El testimonio de la predicción genuina es irrefutable. Este es un testimonio maravilloso. Las profecías, por ahora, nos han dicho que el Mesías ha de ser judío. Pero también dejan claro que Él es más: ¡Que Él ha de ser *divino*! Hay varios pasajes que muestran esto con claridad. Pero uno será suficiente. Isaías delinea el reconocimiento que Israel le hará en el tiempo de su final liberación. Dice el profeta: «Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz» (Isaías 9:6).

El Sr. Smith, a quien esta última cita le había chocado en particular, se dirigió a Roger con aspereza.

—Usted no ignorará, señor, que el sentido en que usted toma estas palabras ha sido repudiado por hombres de indudable erudición.

—Soy bien consciente de esto —replicó Roger con imperturbable serenidad—. Pero es imposible cargar a estas extraordinarias palabras con ningún otro sentido. Incluso la Versión Revisada inglesa, a pesar de sus bien conocidas tendencias, tiene que traducirlas de la misma manera que la traducción antigua. Lo traduce así: «Su nombre será llamado Maravilloso, Consejero, Dios Poderoso, Padre Eterno, Príncipe de Paz.» Es, lo admito, una doctrina sorprendente, y se han hecho repetidos intentos por suprimirla. Pero todos los intentos han fracasado. Es el corazón mismo de la fe cristiana, porque, ¿cómo podría un mero judío salvar al mundo, aunque poseyera todas las capacidades y virtudes que los hombres jamás hayan podido poseer? Un mero hombre no podría haberse salvado a sí mismo. Pero no hay más necesidad de discutir la cuestión. Aquí tenemos el testimonio divino. El Redentor de Israel, que ha de ser un israelita, ha de ser también divino.

La señorita Smith preguntó ahora, con evidente sorpresa en su voz:

—¿Es realmente así que otras profecías hablan tan llanamente acerca de la Deidad de Cristo?

—Sí, hay varias, podría decir que muchas —contestó Roger—. En el Salmo 45, el Mesías es realmente designado como Dios. Comienza así: «Rebosa mi corazón palabra buena; dirijo al rey mi canto; mi lengua es pluma de escribiente muy ligero. Eres el más hermoso de los hijos de los hombres», etc. Y luego, en el versículo 6 llegamos a estas palabras: «Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre. Cetro de justicia es el cetro de tu reino», etc. En Jeremías nos encontramos con los mismos rasgos. En el capítulo 23:5, 6 leemos: «He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual le llamarán: JEHOVÁ, JUSTICIA NUESTRA.» Este nombre, Jehová, es el nombre del Dios viviente, el Dios Salvador. En Miqueas 5:2, también, el Mesías es descrito como Aquel cuyas «salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad». Esta doctrina, como he dicho, es chocante. Sólo ella explica la singular personalidad de Jesús. Él es ciertamente «Emanuel, Dios con nosotros». Pero el punto que estamos tratando ahora es que la Deidad de Cristo fue clara y repetidamente predicha.

—Gracias —dijo la señorita Smith—, usted nos asombra verdaderamente con estas cosas.

—Verdaderamente las puede llamar asombrosas —dijo Roger—, pero hay cosas aun más extrañas ante nosotros. Querría mostrarles cómo estos milagros de conocimiento previo se multiplican en el caso del prometido Salvador. Acabamos de ver cómo describieron de antemano su *nacionalidad* y Su *naturaleza.* Ahora tomemos otro hecho desde luego no menos maravilloso. ¿*Cuándo* iba a aparecer este Redentor? Hemos visto cómo la selección de entre las naciones fue hecha muy de antemano, y cómo el dedo fue al final posado sobre el Judío. De la misma manera, el tiempo de Su advenimiento fue señalado hasta que quedó fijado el año mismo. Isaías 11:1, por ejemplo, deja en claro que cuando Cristo naciese, la casa de David habría dejado de ocupar el trono. Sus palabras son: «Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces.» Un vistazo al capítulo es suficiente para mostrar que el designado es el Mesías. En el versículo 10, por ejemplo, se nos dice que esta raíz «será puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las gentes». Observemos que cuando el Mesías aparece la casa de David ha sido cortada de su posición regia, y sus descendientes reducidos a gente del pueblo. Su posición es la de *Isaí,* no la del regio David. La vara ha de surgir del tronco, o tocón, de Isaí. El árbol ha sido cortado. Después del rey Sedequías y de la toma de Jerusalén por parte de los babilonios en el 587 a.C., ningún descendiente de David ocupó el trono judío.

—Bueno —exclamó la señorita Smith—, no parece que esto signifique mucho. Jesús nació unos seis siglos después, y después de seis siglos de tiempo difícilmente puede considerarse maravilloso.

—Cierto —asintió Roger—, si la profecía hubiera debido cumplirse en el acto; pero la profecía tenía que ver con la Persona, no con el tiempo. La casa de David iba a perder su gran preeminencia, el árbol sería cortado, y sólo quedaría un tocón. Esto se cumplió literalmente antes de la venida del Señor. La casa de David estaba entonces derribada. Una segunda predicción establece un límite por el otro lado. El Mesías debía llegar antes que el Segundo Templo desapareciese. Hageo fue uno de los profetas que aconsejó y alentó a los israelitas del Retorno. Ellos habían reconstruido el Templo, pero cuando los que habían visto su predecesor contemplaron este edificio, se sintieron abrumados de dolor y se dieron cuenta de que la gloria de Israel había partido. Hageo entonces les trae consolación. Les cuenta que esta casa tendrá una gloria que nunca tuvo el Templo de Salomón. Aquí tenemos sus palabras: «Y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos» (2:7-9). La mención de la plata y del oro parece señalar a la ausencia de estos metales en el segundo Templo. Pero este segundo Templo iba a tener una gloria que sobrepasaría a toda la magnificencia y el esplendor del primero. El Prometido iba a acudir a este Templo. «Vendrá el Deseado de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos.» Pero, rechazado Él por la nación, cuarenta años después de la crucifixión fue barrido aquel Templo.

—Si lee la Versión Revisada —dijo el Sr. Smith con un resplandor de triunfo en su mirada—, usted verá que se ha ido por el mismo camino de otros «pasajes de prueba». Es «las *cosas* deseables de todas las naciones», lo que se ajusta mucho más al gusto del judío.

—Sí —dijo Roger—, éste es uno de los errores de los Revisores.. Carece de sentido común. «Las cosas deseables» podrían ser *traídas*, pero difícilmente podrían «venir». ¿Se ha dado cuenta de que los Revisores dicen en el margen que en hebreo es, no «las cosas deseables» sino, «el Deseo»? No hay posibilidad de negarlo.

—La nota del margen me había pasado desapercibida —dijo el Sr. Smith, con más gracia que la que había mostrado desde el comienzo de la discusión.

—Pero este pasaje no está solo —prosiguió Roger—. Sólo le estoy dando muestras. Hay otro en el libro de Malaquías, el último de los profetas del Antiguo Testamento: «He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová

de los ejércitos» (Malaquías 3:1). Aquí tenemos la misma predicción: sólo que en lugar de «el Deseado de todas las naciones», se trata de «el Señor del Templo». «Vendrá súbitamente a su templo el Señor.» Sabemos cómo Cristo tomó posesión del Templo y lo purificó, y el Templo no desapareció hasta que Él hubo venido y fue rechazado.

»Pero hay una profecía que yo llamaría gigantesca, porque fijó el año mismo de la crucifixión del Señor más de cinco siglos antes que Él apareciese. Me refiero al célebre pasaje del noveno capítulo de Daniel. En respuesta a su intercesión por los judíos, entonces cautivos en Babilonia, se le dice al profeta:

> Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos. Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí …» (Daniel 9:24-26).

—Perdóneme —interrumpió el Sr. Smith—, pero, ¿de qué vale citar un libro que ha sido dejado de lado por todas las personas sensatas? Daniel ha resultado ser un fraude total.

—Esto es una historia ya pasada —dijo Roger—: La acusación en contra de Daniel se ha derrumbado totalmente. Recientes descubrimientos en Oriente demuestran que ningún libro jamás ha pertenecido más completamente que Daniel al tiempo al que se refiere. Sabiendo esto, Ebers y otros arqueólogos aceptaron calladamente el libro de Daniel como historia, mientras sus eruditos pero menos informados amigos lo estaban despedazando. Pero esta predicción por sí misma le resolverá esta cuestión. La fecha más tardía que se asigna al libro de Daniel es el 164 a.C. Ahora bien, si este libro fijaba la fecha de la aparición de Cristo más de un siglo y medio antes de Su nacimiento, ¿qué más se necesita para demostrar que éste es un mensaje divino y no un fraude? Pero también observará que la predicción no se limita a dar la fecha. Describe, por una parte, el propósito de la venida de Cristo. Es «para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable». ¿No es verdad que aquí tenemos una voz asombrosamente pareja a la del Nuevo Testamento para tratarse de un libro judío? Luego, una vez más, la obra del Mesías es llevada a cabo por medio de Su muerte, y no se trata de una muerte ordinaria. Morirá de muerte violenta —«Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí.» Estas palabras son desde luego notables a la luz de la tragedia del Calvario.

»Pero hablemos acerca de la fecha. Desde la salida del decreto ordenando la reconstrucción de Jerusalén hasta el tiempo de la muerte de Cristo han de transcurrir siete semanas (literalmente, "siete setenas") y sesenta y dos setenas—en total, sesenta nueve veces siete, o 483 años. Pero, como usted sabe, hay una diferencia entre el antiguo calendario hebreo y el nuestro. El año judío, como el egipcio y el babilónico, constaba de 360 días. Por lo tanto, estos 483 años son años de 360 días cada uno, mientras que nuestros años (mediante los que contamos las fechas antiguas y modernas) contienen cada uno 365,25 días. Perdone que descienda a estos detalles. En una cuestión de este tipo hemos de ser tan precisos como sea posible. Si multiplicamos 483 por 360 para hallar en número de días y luego lo dividimos por 365,25 para cambiarlos a años de nuestro calendario, conseguimos 476 años y 21 días.

—Pero 365,25 días no es totalmente exacto —contestó el Sr. Smith.

—Es verdad —respondió Roger—. He seguido un método algo redondeado y directo, pero no hay error alguno acerca de los 476 años. Ahora bien, ¿cuándo fue promulgado el decreto al que se hace

referencia? Antes que Nehemías partiera de la Corte Persa hacia Jerusalén, los decretos de los soberanos persas referidos a los exiliados retornados habían tratado sólo acerca de la reconstrucción del Templo. El decreto para restaurar y reconstruir Jerusalén fue ahora promulgado a petición de Nehemías y (como él nos dice), «en el mes de Nisán, en el año veinte del rey Artajerjes» (Neh. 2:1). Este rey comenzó a reinar en el año 465 a.C. Este decreto fue promulgado en su año vigésimo, esto es, después que finalizasen 19 años de su reinado. Restando estos de 465, llegamos al 446 a.C. como su año vigésimo.

—Espero —prosiguió Roger—, que no estaré agotando su paciencia con este ejercicio de aritmética mental. Pero aquí llega lo asombroso en esta predicción numérica. Los 476 años de la profecía nos llevan 30 años más allá del 446 años desde el 446 a.C., el año en el que fue emitido el decreto. En otras palabras, somos llevados al año 30 después del nacimiento de nuestro Señor. Esto nos lleva exactamente al tiempo en que nuestro Señor entró en Su ministerio. Desde luego, esto es asombroso.

—Todos tendrán que reconocerlo —dijo el Sr. Smith—. Pero usted tendrá que reconocer por su parte que esto no es exacto; y en una declaración realmente divina no hay lugar para ningún fallo. Hace un minuto que usted dijo que la fecha era la de la *muerte* de Cristo, y no la de Su entrada a Su ministerio.

—A esto iba —repuso Roger—: la fecha resulta ser precisamente exacta. Usted sabe que cuando se hizo la división entre el tiempo antes de Cristo y el tiempo después de Cristo en el siglo sexto de nuestra era, se cometió un error. El nacimiento del Señor fue situado cuatro años demasiado tarde, de modo que el año 30 d.C. es en realidad el año 34 d.C. El ministerio de Jesús prosiguió alrededor de cuatro años, y por tanto murió en Su año 34, y en la Fiesta de la Pascua, es decir, en el mismo mes de Nisán mencionado por Nehemías como el mes en el que fue promulgado el decreto.

Habíamos estado escuchando con gran interés mientras Roger proseguía con su demostración aritmética, y la culminación sencillamente nos asombró. La objeción del Sr. Smith de que había un aparente error de cuatro años hizo que este último golpe cayera con una fuerza abrumadora. Y sobre nadie más pareció el efecto más marcado que sobre el mismo Sr. Smith. Era con una cierta resistencia que se había dejado llevar al argumento de la profecía. El tono de sus observaciones, y más aún sus miradas ladeadas, habían puesto en claro que pocas cosas podían disgustarle más. Pero había seguido cada paso en esta discusión de las «semanas» con la más estrecha atención, y ahora estaba mirando a Roger de hito en hito.

—Ya sé —dijo Roger—, lo extraordinario que esto parece; pero es el dedo de Dios; y no se trata de algo aislado. Hay una multitud de estas predicciones. Si es asombroso que se predijese cuándo y dónde iba a aparecer el Cristo, no es menos maravilloso que Su historia fuese bosquejada de antemano, y que se especificasen sus incidentes. Deje que le recuerde algunas de estas predicciones. En primer lugar, Él iba a carecer de todo aquello en circunstancias externas que le pudieran recomendar a la gente de Su tiempo. La gran obra de Su vida iba a ser llevada a cabo en medio de pobreza y de menosprecio. Ya hemos visto cómo esto estaba indicado en la predicción acerca de la vara que brotaría *del tocón de* Isaí; pero esto fue dado a saber plenamente en las palabras del capítulo 53 de Isaías:

> ¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová? Subirá cual renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca; no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos (Isaías 53:1, 2).

—Sabemos que estas palabras tuvieron un pleno cumplimiento. Ni la riqueza, ni el rango, ni la posición social, ni la influencia política ni una alianza con ninguna tendencia de la época contribuyeron a recomendar a la persona ni a acelerar la obra de Jesús de Nazaret.

»Luego el profeta describe con la misma minuciosidad Sus objetivos especiales, y la naturaleza y el método de Su obra, y ello en palabras que nunca han sido sobrepasadas en verdad y belleza. En el capítulo 42 leemos:

> He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones. No gritará, ni alzará su voz, ni la hará oír en las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare; por medio de la verdad traerá justicia. No se cansará ni desmayará, hasta que establezca en la tierra justicia; y las costas esperarán su ley (1-4).

—Esta referencia a la perseverancia de Cristo y a Su obra para el mundo gentil es maravillosa —me aventuré a observar—: pero no comprendo del todo lo que se quiere decir con la caña cascada y el pábilo humeante.

—Estas dos cosas forman una parte sumamente importante de la descripción —explicó Roger—. Exponen lo que era un rasgo absolutamente nuevo en la obra para Dios: la gentileza y tierna paciencia de Cristo con los débiles y los indignos. Una caña, mientras está entera, es ligera y fuerte. Pero cuando está cascada no sirve para nada, sólo para tirarla. Pero *Él* no la quebrará. En Su diestra hay milagros de sanidad. *Él* restaurará la caña cascada y encontrará servicio para ella. Luego, cuando una lámpara ha quemado tanto que sólo arde su rescoldo dando un humo maloliente, nosotros nos apresuramos a apagarla. Pero *Él* no apagará el pábilo que humea. Dará una gracia renovada; rellenará la lámpara del aceite necesario con el aliento de Su boca. Hará que el pábilo que humea vuelva de nuevo a dar llama. ¿Ha habido alguna vez una imagen más conmovedora de aquello que es la gloria especial de la obra de Cristo? Y por lo que respecta a Su lugar entre los gentiles, esto queda establecido aun con mayor claridad en los versículos siguientes:

> Yo Jehová te he llamado en justicia, y te sostendré por la mano; te guardaré y te pondré por pacto al pueblo, por luz a las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que moran en tinieblas (Isaías 42:6, 7).

—Le voy siguiendo —dijo la señorita Smith con mucho interés—. Esto es para mí tan asombroso como cualquier cosa que haya dicho antes. ¿Cómo podría un libro judío, papá —dijo, dirigiéndose a su padre—, haber predicho que el Mesías, a quien esperaban los judíos, iba a ser el Cristo de las naciones gentiles?» El Sr. Smith no contestó, pero se le veía pensativo. Las cosas iban evidentemente avanzando cuando la casa de los Smith estaba dividida entre sí.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo Roger—. Es algo maravilloso que el cristianismo, aunque fundado por un judío y esparcido en primera instancia por judíos, llegase a ser una religión gentil, y que ello hubiera sido tan claramente predicho en profecías que han sido religiosamente conservadas por los judíos mismos. Pero las profecías van más allá. Realmente explican cómo esta gran esperanza de los judíos iba a llegar a ser la consolación de los gentiles. *Los judíos iban a rechazar al Mesías.* Este es un rasgo extraordinario en el argumento. ¿Quién se podría esperar que reconociese al Mesías, sino los judíos? Durante largas edades esperaron Su venida. Las profecías que describen Su origen, Su carácter, Su historia y Su obra eran su materia diaria de estudio. ¿Cómo era posible, entonces, que dejasen de reconocerle y de acatarle? Su rechazamiento de Cristo podría emplearse en contra de las

afirmaciones del cristianismo. Se podría haber argumentado que el pueblo judío era un conjunto de expertos perfectamente preparados para poner a prueba las pretensiones de Jesús, y que su rechazamiento de Él no dejaba nada más que decir. Pero este rechazo ha resultado en uno de los testimonios más de peso en cuanto a que Él es el Cristo anunciado de antemano. En Isaías 53 se predice claramente su rechazamiento del Mesías.

»Pero contemplemos otra profecía en el capítulo 49. Allí también se predice el rechazamiento y se explica de lleno el propósito de Dios al permitirlo. Observarán que en el versículo 7 el Mesías es descrito como «despreciado de los hombres» y «abominado de la nación» (V.M.). Pero las palabras que quiero que ustedes observen de manera especial son las siguientes:

> Ahora pues, dice Jehová, el que me formó desde el vientre para ser su siervo, para hacer volver a él a Jacob y para congregarle a Israel (porque estimado seré en los ojos de Jehová, y el Dios mío será mi fuerza); dice: Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di *por luz de las naciones,* para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra. (Isaías 49:5, 6).

—Observen el programa profético. La misión de Cristo a los judíos será al principio un fracaso. Pero esto le lleva a volverse a los gentiles, para conseguir allí un éxito glorioso. ¿No es maravilloso que todo esto haya sido expuesto con tanta claridad 700 años antes de la venida de Cristo?

—Me azora decir —dije yo—, que nunca me había dado cuenta de esto. Desde luego, es enormemente significativo.

—Pero ésta es sólo una de muchas maravillas —dijo Roger—. Ya hemos visto que el Mesías iba a ser «cortado». ¿Pero qué circunstancias iban a marcar el fin de Su vida terrenal? ¿Cómo iba Él a morir? ¿Bajo la violencia de populacho, o por guerra, o por causas puramente naturales? Estas preguntas tienen cabal respuesta en las predicciones. Iba a morir como un criminal condenado. «Por cárcel y por juicio fue quitado», dice Isaías 53:8, es decir, iba a ser prendido y condenado a morir. ¿Pero de qué manera iba a infligirse esta pena suprema; qué clase de muerte iba a padecer? Esto también se nos muestra en la escena del Calvario que se describe en el Salmo 22. *Cristo iba a ser crucificado.* El salmo comienza, como recordarán, con el clamor de la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» En el versículo 16, el Sufriente exclama: «Horadaron mis manos y mis pies»: con esto se indica el tormento físico de aquel cruel castigo romano. El Sufriente clama: «Contar puedo todos mis huesos; Entre tanto, ellos me miran y me observan» (v. 17). Las siguientes palabras describen incluso el repartimiento de Sus vestiduras: «Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes» (v. 18). Se registran los escarnios mismos que Sus enemigos iban a lanzar sobre el Mesías: «Todos los que me ven me escarnecen; estiran la boca, menean la cabeza, diciendo: Se encomendó a Jehová; líbrele él; Sálvele, puesto que en él se complacía» (vv. 7, 8).

—Usted supone —interrumpió el Sr. Smith—, que este salmo es una profecía del Cristo, pero, ¿no podría tratarse de unas meras coincidencias?

—Una consideración seria de este salmo —respondió Roger—, y de otras escrituras a las que vamos a ir, disipa cualquier duda que uno pueda abrigar. Observará que no se trata de un sufriente ordinario. Su llamamiento es a Dios, a quien glorifica en Sus sufrimiento. Luego observen el son del Nuevo Testamento en estas palabras que recapitulan el resultado de Su padecimiento: «Anunciaré tu nombre a mis hermanos; en medio de la congregación te alabaré. … Se acordarán y se volverán a Jehová todos los confines de la tierra, y todas las familias de las naciones adorarán delante de ti» (vv. 22-27). Estas últimas palabras proclaman el fruto de la angustia de este Sufriente. En toda la historia del mundo sólo Uno ha cumplido jamás estas predicciones: el horadamiento de las manos y de los

pies; las torturas de la crucifixión; los escarnios de Sus enemigos que van y vienen delante de la cruz; el repartimiento de Sus vestidos y el acto de echar a suertes para Su manto. Sólo hay una conclusión posible: El Sufriente es el Cristo.

»Pero deje ahora que les muestre algunas cosas aún más extrañas. Sabemos cuán ofensiva ha sido para muchas multitudes la doctrina de la Expiación. En la cruz como altar, la muerte del Sufriente fue la propiciación por los pecados del mundo. *¡Pero esta doctrina estaba ya en las profecías!* Estas explican que el Mesías muere en nuestro lugar. En ningún lugar hay una declaración más conmovedora de la muerte vicaria de Cristo que en el capítulo 53 de Isaías:

> Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros (Isaías 53:4-6).

»La remisión de los pecados por la sangre de Cristo está anunciada en las profecías como el programa divino. Esto es una cosa. Y aquí tenemos otra: ¡El Cristo crucificado ha de resucitar! Para Él, la muerte ha de ser no una derrota, ni tan siquiera la interrupción de Su obra, sino una introducción a más amplias actividades y a un magnífico éxito. Éste es un constante acompañamiento de las predicciones de los sufrimientos del Mesías. Así es en el salmo 22, y también aquí en Isaías 53, donde leemos:

> Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada. Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho (Isaías 53:10-11).

»Deje que a estas predicciones añada una tercera, y que se encuentra entre las más notables en la Escritura. El punto en la historia del Mesías en el que tendría lugar este cambio de vergüenza a gloria, fue tema de una profecía especial. La encontrarán en el versículo 9 de este capítulo 53 de Isaías. Hasta el versículo 9, la historia es de una humillación creciente. Desde el versículo 9, es de una creciente gloria. Ahora bien, ¿dónde concluye la historia de la humillación y comienza la de la exaltación? Aquí tenemos la respuesta: "Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca." Su sepulcro iba a ser con los impíos, según lo habían dispuesto los que estaban en posición de autoridad y que habían dispuesto los detalles de la ejecución. La práctica romana era dejar a los crucificados para que se descompusieran en la cruz, pero la ley judía prohibía esto, la tierra no debía ser contaminada. Por ello se tomaban disposiciones para el enterramiento del condenado cuando se disponía su ejecución, y Cristo hubiera sido sepultado con Sus compañeros de sufrimiento en un sepulcro de deshonra. Sabemos por qué esto sufrió una alteración. Dos seguidores secretos pero influyentes de Jesús rogaron a Pilato que les cediera el cuerpo de su Maestro. Él consintió, y así el Señor fue depositado en el sepulcro nuevo del mismo José. Así se cumplió que "con los ricos fue en su muerte". Aunque una parte de la sentencia sobre Cristo era que su cuerpo muerto fuera deshonrado siendo sepultado con los impíos, Dios intervino, y cuando llegó el momento para Su sepultura, Su cuerpo fue depositado con honor y reverencia en el sepulcro del hombre rico. Y observen, por favor, qué razón se da a ello: "Nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca." Es decir, no había pecado ni de hecho ni de palabra. Cuando Cristo murió quedó completada Su obra expiatoria, el padecimiento por el pecado. Al exhalar Su último aliento todo

quedó consumado. Ya no había razón alguna por la que Aquel que era sin pecado sufriese por Si mismo; la humillación debía terminar justo con Su muerte, y debía comenzar la historia de la gloria del Redentor. ¿Qué mano trazó esta línea de manera tan firme y clara siglos antes que tuviera lugar la escena del Calvario? ¿Quién declaró que la historia del Cristo debía en este punto entrar en una nueva fase? ¿Quién dejó registrado que precisamente ahí debía cesar la humillación y que debía comenzar la exaltación?

El Sr. Smith había escuchado la última argumentación de Roger con toda evidencia de una profunda atención, y aunque la señorita Smith y yo le habíamos seguido con el mayor interés, los dos nos volvimos, como si de acuerdo, hacia el Sr. Smith. Parecía como si la pregunta de Roger hubiera sido especialmente dirigida a él, y que ahora le tocaba a él responder. Después de una pausa de uno o dos segundos, el Sr. Smith parecía haber llegado a una conclusión pareja.

—No intentaré ocultarle que su manera de presentar estas cosas me ha llegado al fondo —dijo él—. Este último argumento, en especial, es nuevo para mí, y es especialmente poderoso. También puedo decir que si estas citas que usted ha presentado del Antiguo Testamento estuvieran solas, no sé qué respuesta se podría dar. Pero estas Escrituras no están solitarias. ¿Qué puede usted decir de Jesús accediendo al trono de David; de hacer de los judíos la principal nación de la tierra, y de Su asunción de la soberanía sobre la tierra? Si usted argumenta acerca del éxito de algunas profecías, ¿qué pasa con las que he mencionado y muchas otras? Si estas no han llegado a cumplirse, ¿no demuestra esto de manera concluyente que las otras no vinieron de una mano infalible?

La señorita Smith y yo nos volvimos mirando a Roger como antes nos habíamos vuelto a mirar al Sr. Smith. Vi en el rostro de ella lo completa que le parecía la réplica de su padre. En cuanto a mí mismo, he de confesar que aunque mi convicción no había quedado sacudida, me sentí como repentinamente desarmado.

—Sr. Smith —dijo Roger—, no creo que usted presenta esta cuestión con total justicia. Las predicciones de la Escritura que se han cumplido son, todas ellas, extraordinarias como revelaciones de la Omnisciencia. Demuestran que lo que fue más adelante cumplido en la historia lo conocía Dios hasta en sus puntos más detallados. Es evidente que no puede tratarse de cumplimientos por azar. Y otra palabra elimina su argumento aparentemente tan fuerte. Las profecías que no han sido cumplidas aún serán cumplidas a su debido tiempo. La humanidad no ha visto a Jesucristo por última vez. Él volverá, y completará en juicio la obra comenzada en misericordia. Y observe, le ruego, cómo las profecías cumplidas apoyan a las no cumplidas. Si alguien quisiera asegurarle a usted un futuro, y si la persona que se lo hubiese predicho hubiese mencionado también tres cosas, digamos, que en sí mismas no fuese en absoluto probable que fuesen a sucederle a usted, pero que sin embargo sucedieran luego las tres en orden cabal, ¿quién podría reprocharle que esperase confiado el futuro prometido? De modo que cuando vemos como todas las predicciones acerca del advenimiento del Señor, Su vida terrenal y Sus sufrimientos se cumplieron con una precisión maravillosa, ¿quién puede reprocharnos que esperemos con toda confianza que Él ha de volver; que Él salvará a Su propio pueblo, los judíos, en su última y extrema angustia; que juzgará a las naciones; que librará a los pobres y quebrantará al opresor; que pondrá fin al pecado, al dolor y a los gemidos, y que introducirá la edad dorada de pureza y paz y de gozoso reposo en Dios?

Quedó restaurada mi plena certidumbre. Estaba de nuevo armado con la espada y el escudo de la palabra de Dios. Pero el Sr. Smith no cedió sin un esfuerzo adicional.

—Yo ya era conocedor —contestó— de la teoría que asigna todas las profecías incumplidas al futuro, y que mantiene que el cesamiento de cumplimiento es una mera pausa y no un trágico fin, un aplazamiento y no un rotundo fracaso. Es muy ingeniosa. No creo que jamás hubiera una salida más inteligente de una dificultad. ¡Pero no puede funcionar, amigo mío! Usted puede encerrarse en su

paraíso de los tontos y esperar el cumplimiento de todas estas cosas, pero encontrará a bien pocos que le sigan.

—Pero, Sr. Smith, esta usted en un total error —protestó Roger—. No se trata en absoluto de una teoría nuestra. Al contrario, esta división fue realmente establecida por las Escrituras del Antiguo Testamento siglos antes del nacimiento de Cristo, porque *la pausa en la obra terrenal de Cristo,* que ha durado ahora más de diecinueve siglos, *fue también predicha.*

El Sr. Smith miró bruscamente a Roger, y el rostro de la señorita Smith y el mío mostraron una sorpresa parecida.

—¡Predicha! —dijo el Sr. Smith como un eco—: ¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir lo que he dicho —contestó Roger—. Sé que esta declaración es asombrosa, pero es sin embargo totalmente cierta. La pausa fue predicha. Vean cómo comienza el salmo 110: «Jehová dijo a mi Señor: SIÉNTATE a mi diestra, *hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.*» Veremos inmediatamente quién es éste a quien el salmista se refiere como siendo su «Señor», pero observemos primero aquí lo que se está diciendo. La persona a quien se dirige —el Señor del salmista, sea quien sea, ha de ser transferido de la tierra al cielo. Su presencia y actividad personales en la tierra deben cesar por un tiempo, y ha de reposar en el trono del universo a la diestra de Dios. He dicho que la retirada es sólo por un tiempo, y observará que el tiempo está estrictamente definido. Este Señor del salmista tiene evidentemente numerosos y poderosos enemigos, y ellos parecen haber triunfado. Dios ahora emprende tratar con ellos, y el Señor del salmista (no voy a decir todavía que es Cristo) está reposando a la diestra de Dios hasta que Jehová ponga a Sus enemigos como estrado de Sus pies. Los versículos finales de este breve salmo describen qué sucederá cuando acabe el reposo. Este personaje (designado como «Señor») ha de regresar, y entonces Él purificará la tierra y asumirá la soberanía sobre la misma; entonces Sus enemigos serán hechos estrado de Sus pies.

»Verá usted —prosiguió Roger— que si éste es el Cristo, la pausa de la que ahora somos testigos fue claramente profetizada. Se ve que estaba en el programa divino que el Cristo iba a desaparecer durante un tiempo de la vista de los hombres, y que vendría otra vez para acabar en juicio lo que había comenzado en misericordia. Esto, necesariamente, divide entonces las profecías. Algunas de ellas se cumplen en Su primera venida; y las que describen la gloria del Mesías y la liberación de la tierra del pecado y del mal serán cumplidas en la segunda venida.

—Pero, mi querido amigo —dijo el Sr. Smith—, usted supone que el salmo se refiere a Cristo. Ha habido muchas suposiciones acerca del personaje al que se hace referencia; una de ellas, si no me equivoco, era que se trataba de uno de los Ptolomeos.

—Iba a ir a esto —dijo Roger—. Las muchas suposiciones de nuestros amigos racionalistas, a las que alude usted, son intentos de rehuir una conclusión muy evidente. ¿Cuál de los Ptolomeos pasó de la tierra al cielo para sentarse a la diestra de Dios en el trono de la Omnipotencia hasta que Jehová ponga a sus enemigos como estrado de sus pies? ¿De cuál de ellos se espera que regrese y barra con ardiente indignación los muchos países y se apodere del imperio del mundo? Y ahora contemple usted mismo esta cuestión, y diga a quién asigna el Antiguo Testamento, de comienzo a fin, la espada del juicio final y el trono del mundo. ¿No es éste innegablemente el derecho del Mesías, y del Mesías solo? Este mismo título de «mi Señor» dado a este personaje en la misma presencia de Dios se ajusta al Mesías y sólo al Mesías, de quien las profecías declaraban llanamente que iba a ser Dios así como hombre.

No puede contenerme, y exclame: «¡Magnífico! Nunca hasta hoy vi la enorme importancia de este salmo. Muestra, como usted ha dicho, que este tiempo de espera fue realmente predicho.» Luego me volví al Sr. Smith, pidiendo excusas por haber interrumpido a los dos interlocutores.

—Bien —le dijo él a Roger—, aquí me ha dejado desconcertado. Veo la fuerza de su posición; las profecías incumplidas están tan a favor de usted como las cumplidas.

—Sr. Smith —le dijo Roger—, usted ha luchado bien, pero los hechos son demasiado poderosos para usted, y es bueno que lo sean. Un mundo de pecadores necesita un Salvador divino, y este Salvador lo tenemos en JESÚS.

Estábamos llegando a una estación. El Sr. Smith se apartó de la ventana con un sobresalto. «¡Mira, Julia! —exclamó—, ¡ya hemos llegado a Bedford!» Los dos se levantaron de un salto, y el Sr. Smith se ocupó en bajar el equipaje del portabultos. Justo antes de salir del compartimento, le dio la mano a Roger, diciendo con mucha cordialidad: «Nos ha dado usted algo en que pensar. ¡Adiós!» Y así el padre y la hija se despidieron, y ya no los vimos más. Pero es indudable que la memoria de estos milagros de nuestros días, cuya realidad y maravilla había quedado patente con nuestra discusión, los acompañó a ellos igual que quedó con nosotros.

---

*Llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.* —Evangelio de Mateo 1:21.

*De éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre.* —Hechos de los Apóstoles 10:43.

---

SEDIN - Servicio Evangélico de Documentación e Información
Apartado 126 - 17244 Cassà de la Selva (Girona) ESPAÑA
www.sedin.org
info@sedin.org